

Fue Carlos Gardel quien dio definitiva internacionalización al tango. Después de convertirlo en la canción expresiva del Río de la Plata inició su paseo por el mundo en España el año 1923. Se presentó con la compañía teatral «Rivera-Rosas» y en dúo con José Razzano; los guitarristas José Ricardo y Guillermo Barbieri acompañaron al dúo; exhibiendo en los escenarios españoles lujosos atuendos gauchescos previsibles en los artistas que venían de la pampa. A sus presentaciones concurrió la nobleza española, encabezada por la Reina Victoria Eugenia y la Infanta Isabel, mientras las plateas populares estaban colmadas en los teatros Plaza, Apolo y Price de Madrid. La aceptación fue promisoria: la suerte estaba echada. Y lo estaba para Carlos Gardel convertido en solista absoluto en 1925, a consecuencia del agotamiento de las cuerdas vocales de su compañero Razzano.

En 1925 regresó a España con la misma compañía teatral, actuando en Barcelona donde realizó sus primeras grabaciones europeas. Desvinculado de la compañía fue contratado para actuar en Madrid durante la aún hoy llamada «cuesta de enero». Época en la que —entonces—, por razón de las nevadas y retracciones económicas, las salas teatrales cerraban sus puertas. «Durante aquellos días Madrid es un cementerio. No se ve un alma por las calles y las salas tienen que cerrar sus puertas por falta de público... Iba por diez días y trabajé un mes, día y noche... ¡Para qué les digo más!...» declaró entusiasmado el propio Carlos Gardel.

Las grabaciones de tangos se sucedían, ya con el sistema eléctrico que mejoró notablemente la limpieza del sonido. Su repertorio de tangos aumentó por el afán de letristas empeñados en buscar la «clave de tango» en la voz de Gardel. No pudo escapar a esta evolución gardeliana la marcha global del tango, el progreso de su íntima fibra conectada entonces a la gran tradición que aportaban los músicos de conservatorio. Fue a propósito, cuando el amanecido tango-canción se afianzó, que músicos de escuela, pibes provenientes de la clase media, formados en la lectura del pentagrama, condujeron al tango a su canonización ulterior. Partitura en atril y ejecución según arreglos, fue la marca definitiva instaurada en la década del 20. Inevitable, la conexión Carlos Gardel-Guardia Nueva salta a la vista. El tango cantable adquirió estructura en las composiciones de Enrique Delfino, Juan Carlos Cobián, y el artífice señalado de esta Guardia, Julio De Caro.

En 1928, acompañado por dos concertistas de guitarra, Carlos Gardel desembarcó en España. En el puerto de Barcelona el Ayuntamiento, en nombre del público catalán, le obsequió la mascota automovilística de entonces: un flamante Graham Paige para el que Gardel contrató a un chófer particular: Antonio Sumage, llamado el «Aviador» porque utilizaba antiparras. Grabó numerosos temas, actuó en la radio y en teatros de Barcelona, Madrid, Santander, San Sebastián, Bilbao... Y firmó contrato para actuar en París, la ciudad meta de los artistas y segunda capital del tango. Allí su estreno fue tan estruendoso que conmovido el propio Gardel comentó al «Aviador»: «¡Pero, che...! ¿Estamos en París o en Buenos Aires?» Carteles compartidos con Maurice Chevalier, Mistinguette, Lucienne Boyer... Plateas ocupadas por el entonces Presidente de la República francesa y representaciones diplomáticas diversas... Amistad con Charles Chaplin y la baronesa Wakefield... Hechos, anécdotas, aguafuertes que prueban sus partidas como artista universal con centro



En los últimos tiempos de su carrera, en Nueva York, con Alfredo Le Pera